

Recordar, compartir, aprender

## Oviedo

Ovidio Suárez Sánchez, 65 años

Carmen L. Reguera Alonso, 21 años

### LLANTO DE ALEGRÍA

*Pasé meses y meses absorto en mis pensamientos. Paseaba por la calle e iba como sonámbulo, no me enteraba del paso de los coches ni de los conocidos que me pasaban rozando, estaba ausente. Dicen que el tiempo lo cura todo. El tiempo llega y pasa.*

En el hospital.

Era una habitación austera, sencilla... No tenía televisión, sólo una cama amplia y cómoda, un par de sillas, una mesita y un armario de madera color caoba, muy bonito para ser un hospital. Recuerdo haber pasado horas y horas mirando anonadado aquel armario. La ventana daba a un jardín y me permitía ver varios edificios.

Era un edificio antiguo, con un halo de misterio. Llamaban la atención sus techos altos, aquellos pasillos tan largos, con baldosa de dibujos, siempre tan vacíos... De vez en cuando alguna enfermera los atravesaba silenciosa, veloz.

Llanto de alegría

Me han pasado muchas cosas a lo largo de la vida. Algunas experiencias me han marcado y otras no tanto, pero hay una experiencia en especial que me ha dejado una huella muy profunda. Sucedió hace mucho, mucho tiempo. Quizás el dolor, la pena, el estrés de los días previos a la operación, la muerte de un familiar cercano. Quizás esa tranquilidad intranquila antes de entrar en quirófano, ¡tantos miedos! Hicieron hablar a mi subconsciente.

Cómo explicar, cómo transmitir esas sensaciones, esos sentimientos. Es algo que intentaré contar a medida que relato una de las muchas historias que me han sucedido. La operación apenas entrañaba riesgo y todavía hoy, al recordarlo, siento escalofríos.

De nuevo en la habitación.

Escuchaba perfectamente a mi mujer. Hablaba con los médicos. Le estaban comunicando mi fallecimiento. No acababa de aceptarlo. No podía asumir otra muerte en tan poco tiempo. Cuatro días atrás había fallecido su madre. Hablaron un poco y se cerró la puerta. Oía claramente los sollozos angustiados de mi mujer que se alejaban. Poco a poco dejé de oírlos.

Quería gritar, decirles: "¡Estoy vivo!". Pero no podía articular palabra. Intenté moverme y tampoco pude. Sólo podía oír. Con toda claridad, pero sólo oír.

Visitas.

Escuché cómo la puerta se abría y cerraba varias veces. Comenzaban a llegar amigos y compañeros. No sé si enterados por la noticia de mi defunción o a visitarme. Tampoco en aquel momento eso me importaba mucho. Todos creían que estaba muerto.

Hablaban y hablaban. De unos y de otros, y de mí. De cómo era yo, de cómo actuaba... Percibí algún momento incómodo, de tensión. Un silencio tenso envolvió de repente el ambiente en aquella habitación. ¿La razón? Una de las personas más importantes para mí, que yo consideraba uno de mis mejores amigos y al que yo había ayudado muchas veces, contaba que yo había hecho alguna cosa en su contra y que tal vez no era tan buena persona como creían. ¿Cómo podía hablar mal de mí después de todo lo que yo había hecho por él? ¡Lo había ayudado en lo que había podido!



Y yo sin poder articular palabra. Oyendo claramente, dado por muerto, queriendo hablar, ¡sintiéndome vivo! Continuaron hablando tranquilamente. Animadamente. Una y otra vez quise moverme, decir que estaba vivo, pero mi cuerpo no me obedecía, me ignoraba.

De nuevo solo.

El trasiego de puertas comenzó de nuevo. Mis amigos debían de ir marchándose poco a poco. Y se hizo el silencio. Ahora ya no escuchaba ni el murmullo de los árboles cercanos, ni el sollozo de mi esposa... Sólo notaba una presencia, ¿mi esposa? Alguien respiraba, ¿o era de mi propia respiración el ruido que escuchaba?

Ignoro cuánto tiempo estuve en ese estado. Ignoro su realidad. Sólo recuerdo aquella sensación, terrible angustiosa, tensa...

Una sirena sonaba lejana. Una luz blanca se me acercaba. Se hacía mayor y mayor. De pronto dejó de alumbrar. Pensé que era mi fin.

De vuelta.

Mis ojos estaban abiertos. Veía claramente a mi mujer. Aún recuerdo su cara de desconcierto. Yo lloraba como un niño. ¡Estaba vivo! Una sensación de felicidad y desconcierto me embargaba.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Recordando a Mario Puzo, “La amistad vale casi tanto como la familia”. Yo me siento satisfecho al pensar que “he trabajado toda mi vida para poder cuidar de mi familia”.

A mis 67 años puedo decir que estoy orgulloso de lo que he logrado y soy consciente de que la vida me ha enseñado mucho en todos estos años. De alguna manera doy gracias a todas las experiencias que he tenido.

En la vida hay que trabajar, es necesario el dinero, los amigos, el ocio y muchas cosas más, pero lo realmente importante es la familia.

Hay errores de los que me gustaría advertir a mis nietos y valores que me gustaría transmitirles, como la honradez, el compañerismo, la amistad, el respeto, la generosidad, saber escuchar, tener dignidad y tener claro que cuando alguien necesite ayuda, hay que estar ahí y proporcionársela sin esperar nada a cambio.

Pero no podemos dejar que nos engañen. Hay que evitar la mentira. No la tolero, y debo reconocer que, siendo joven, alguna vez me serví de ella. A la hora de valorar a una persona, lo que de verdad importa es su comportamiento, su forma de ser.

Pretendo hacer las cosas lo mejor posible. De alguna manera es uno mismo el que debe juzgarse. La gente opinará, pero la opinión propia es fundamental. Hay situaciones en las que creemos que actuamos correctamente pero que no es así, no nos comportamos bien y no nos damos cuenta o cuando lo hacemos ya es demasiado tarde. Es necesario contar con la opinión de la familia, de los allegados.